

18/10/58

# Formación Juvenil y Falta de Sentido

por Sebastián Salazar Bondy

Cuando se habla del problema de la juventud actual se alude, quíerese o no, al de la formación del individuo en el hogar y en la escuela. ¿Para qué, con qué finalidad última, se forma hoy al joven peruano? La pregunta toca un fondo dramático, porque si examinamos fríamente los programas a los que se ciñe la enseñanza familiar y escolar, y la dirección que a través de ella se imprime a los educandos, eliminado todo aquello que se refiere a los meros conocimientos, llegamos a la conclusión de que, en general, muy poco de todo el cúmulo de reglas de conducta, de ciencia y sabiduría, de cultura, que ahí se transmite, está destinado a dar un sentido a la vida futura del joven, a procurarle una conciencia de su destino como hombre que forma parte de una comunidad, a la cual se debe. Los pedagogos serios saben bien hasta qué punto el sistema educativo vigente adolece de esta falla y sus esfuerzos por remediarlo, por más intensos y decididos que fueren, apenas alcanzan a abarcar la magnitud de la crisis. Se cultivaba la memoria, se atiende quizá a determinada forma de inteligencia, tal vez se pone énfasis en ciertos fines prácticos de los conocimientos generales, pero quedan afuera la sensibilidad, la imaginación, la voluntad, etc. En suma, la parte más sutil y rectora del espíritu.

Sentido a la vida: se dice fácil, pero es algo muy complejo. Cada ser es un proyecto diferente del otro, tiene algo que aportar a la obra común, de la que es elemento esencial el quehacer personal. Encauzar el germen, tantas veces oculto, que cada hombre trae consigo, no es una tarea simple. Por ahora, digámoslo francamente, la educación de los padres y los maestros se reduce a dotar al niño y al joven de un conjunto

de fórmulas, principios, ideas y normas que, se supone, cada cual aprovecha como puede. La educación es un tubo. Uno debe pasar por él durante bastantes años y salir luego a la luz de la existencia adulta con el pesado equipaje que en el tránsito le ha sido suministrado.



Hay quienes emplean el fardo como mejor les conviene, avanzando bajo su peso hasta donde les dan las energías. Hay otros que arrojan el fardo, se liberan de su carga y marchan como si nunca lo hubieran tenido. Hay, por último, quienes del fardo seleccionan, con intuición milagrosa, qué es útil y qué no lo es. En mayor o menor grado, el sentido es el mismo: el tubo —la educación— es un disparadero.

Bien sabemos que la realidad —que la verdad— es otra. En el hogar o en la escuela, la vida tendría que ser siempre el amplio horizonte que es. La posibilidad de libre movimiento que contiene está presente desde los primeros años. Las miradas iniciales del principiante ya buscan el propio camino: el del hombre de negocios

o el del artista, el del matemático o el del religioso, el del especulativo o el del práctico. Es lo que llamamos vocación. Y las vocaciones son muchas más —muchísimas más— que el número de profesiones que la anquilosada superficialidad de nuestra burguesía ha reputado como valiosas. En la mente de muchos padres, y en la de bastantes maestros, el éxito está vinculado a una carrera con placa en la puerta, diploma en la pared y título antepuesto al apellido. A nadie le importa que el hombre que luce estas tres vagas y exteriores ejecutorias carezca de aquello que llamamos aquí sentido. Que sea, en el fondo, un fracasado, una víctima desdichada de la estrechez en que fue formado. Conoce el cronista más de un caso que ilustra patéticamente sobre esta irremediable desviación: doctores que habrían sido felices en un oficio que les hubiera permitido el desarrollo de su imaginación, dirigentes que habrían encontrado la dicha en la reflexión solitaria y creadora, seres condenados a estrellarse contra la realidad cuando habrían conquistado la verdad en sus profundos ensueños.

Entre los muchos motivos que puede tener entre nosotros la aparición de los jóvenes "rocanroleros", ¿no estará esta falta de sentido que caracteriza la educación que damos en la casa y en el aula a los jóvenes? ¿No habrá mucho de frustración en ese ímpetu destructor, vengativo, cruel? ¿No estarán cerradas las puertas al mensaje profundo de esos muchachos y, deformado, no estará expresándose por el odio aparentemente gratuito? Las preguntas quedan abiertas a la espera de la respuesta que un simple periodista no se siente capaz de dar.